

Año de 1519. estas fortificaciones eran necesarias, tanto para el establecimiento y conservacion de la colonia, como para la ejecucion del designio que el general y los soldados tenian de internarse en el pais, ya para proporcionarse un punto de retirada, ó ya para conservar su comunicacion con el mar, todo el ejército, oficiales y soldados, pusieron manos á la obra, en lo que el mismo Cortés les daba ejemplo de actividad y de constancia en el trabajo. Los Indios de Zempoala y de Quiabiskan les ayudaron tambien; y esta pequeña poblacion, origen de muchos y poderosos establecimientos, quedó muy pronto en estado de defensa (1).

Mientras se ejecutaban estos trabajos esenciales, tenia Cortés frecuentes entrevistas con los caciques de Zempoala y de Quiabiskan; y aprovechandose de su asombro y admiracion á vista de los nuevos objetos que se presentaban á sus ojos, les inspiró poco á poco una opinion tan alta de los Españoles, y les persuadió tan fuertemente que sus huéspedes eran seres de un orden superior, á quienes nada podia resistir, que contando con la proteccion de estos extranjeros se atrevieron á despreciar el poder del Emperador, á cuyo solo nombre estaban acostumbrados á temblar.

Algunos oficiales de Moctezuma se presentaron á percibir el tributo ordinario, y á pedir un cierto número de víctimas humanas necesarias para la

(1) B. Diaz, *cap.* 45, 46, 48. Gomara, *Crón. cap.* 32, 33, 37. Herrera, *decad.* II, *lib.* V, *cap.* 8, 9.

Año de 1519. espiciacion de la falta que estas dos naciones acababan de cometer, manteniendo relaciones con unos estrangeros á quienes el soberano habia mandado salir de sus dominios. En lugar de obedecer á sus órdenes, los Zempoales se apoderaron de los enviados del monarca, los maltrataron; y como su supersticion no era menos atroz que la de los Mejicanos, se disponian á sacrificarlos á sus dioses, cosa que habria sucedido si Cortés no la hubiese impedido manifestandoles el mayor horror por esta abominable práctica. Comprometidos los dos caciques en una rebelion declarada, y no viendo recurso para ellos si no se adherian inviolablemente á los Españoles, concluyeron al momento un tratado de alianza con ellos, reconociendose vasallos del Rey de España. El mismo ejemplo siguiéron los Totonagues, nacion valiente que habitaba en las montañas vecinas; y habiendose sometido todos voluntariamente á la corona de Castilla, ofrecieron acompañar á Cortés con sus fuerzas cuando fuese á Méjico (1).

Tres meses hacia en esta época que Cortés estaba en la Nueva España; y á pesar de que todo este tiempo no se habia hecho notable por las empresas militares, cada momento fué consagrado á operaciones que, aunque acaso menos brillantes, no eran de menor importancia. Con su habilidad en ganar el afecto de sus tropas y en dirigir

(1) B. Diaz, *cap.* 47. Gomara, *Crón. cap.* 35, 36. Herrera, *decad.* II, *lib.* V, *cap.* 9, 10, 11.

Año de
1519.

las negociaciones con los Indios, ponía los fundamentos de los sucesos futuros; pero por bien concertado que estuviese su plan, no podía disimularse á sí mismo que su derecho al mando procediendo de una autoridad dudosa, la suya era también incierta y precaria. Velazquez, por otra parte, no dejaría de quejarse al Rey de los insultos que había recibido de Cortés, y podía presentar la conducta de un oficial subalterno, que se había burlado de sus órdenes, de un modo que le atrajese su pronta destitución y un severo castigo. Antes pues de emprender su marcha, creyó necesario Cortés prevenir este golpe. Con este objeto, persuadió á los magistrados de la colonia que dirigiesen al Rey una carta en que se hiciese relación circunstanciada de sus servicios; una descripción pomposa del país que habían descubierto, de sus riquezas, de su población, de su civilización y de sus artes; un cuadro de los progresos que habían hecho ya sometiendo varias provincias á la corona de Castilla, y de los medios que trataban de emplear para acabar la conquista de las restantes; y finalmente una exposición de los motivos que los habían determinado á romper toda relación con Velazquez, para establecer una colonia que dependiese inmediatamente del Rey, y á confiar á Cortés su gobierno civil y militar: concluyendo por suplicarle humildemente ratificase con su autoridad todo lo hasta entonces obrado. Cortés escribió también al efecto; y como sabía muy bien que la Corte de España, acostumbrada á oír exa-

gerar las riquezas de los países nuevos por sus mismos descubridores, no daría entera fé á la descripción maravillosa que se le haría de la Nueva España, si no iba acompañada de algunas muestras de los ricos frutos que producía, instó eficazmente á sus soldados para que abandonasen la parte que podían reclamar de los tesoros que se habían acopiado hasta entonces, á fin de que pudiesen ser presentados al Rey por entero. Era tal el ascendiente de Cortés sobre su ejército, y tales las abultadas esperanzas que los Españoles habían formado de la riqueza de los países que iban á conquistar, que una tropa de aventureros indigentes y codiciosos fué capaz de este generoso esfuerzo, é hizo á su soberano el presente más rico que el Nuevo Mundo ha hecho á la España (1). Portocarrero y Montejo, principales magistrados de la colonia, fueron nombrados para traer los regalos, con prohibición expresa de tocar en Cuba cuando volviesen á Europa (2).

Mientras se armaba la nave en que debían venir, un acontecimiento inesperado produjo una sorpresa general. Algunos soldados y marineros, partidarios secretos de Velazquez, ó asustados á vista de los peligros inseparables de una expedición en que se trataba de penetrar con un puñado de hombres en lo interior de un grande imperio, formaron el designio de apoderarse de un

(1) Véase la Nota 8.

(2) B. Díaz, cap. 54. Gomara, Crón. cap. 40.

Año de 1519. bergantín para volver á Cuba, dar aviso al gobernador de todo cuanto pasaba, y ponerle en estado de interceptar los tesoros y los pliegos que Cortés enviaba á España. La conspiracion, aunque formada por simples marineros, fué manejada con un profundo secreto; pero en el momento en que todo estaba preparado para su ejecucion, fuéron acusados por uno de sus camaradas.

Aunque Cortés pudiese contar acaso con su buena fortuna que le habia servido tan oportunamente en esta ocasion, el descubrimiento de esta maquinacion llenó su ánimo de inquietud, y le escitó á ejecutar un proyecto que meditaba hacia tiempo. Veia aun en su ejército ciertas reliquias de un descontento que, sofocado hasta entónces por los buenos resultados de su empresa, ó contenido por su autoridad, podia renovarse repentinamente: notaba que muchos de sus soldados, cansados del servicio, deseaban visitar sus establecimientos de Cuba, y que al primer peligro ó reves de fortuna le seria imposible detenerlos; y conocia que si sus fuerzas, demasiado poco considerables ya, disminuian mas por la desercion de una parte de su ejército, se hallaria precisado á abandonar la empresa. Despues de haber pesado con la mayor atencion todas estas circunstancias, se persuadió de que no podia esperar ningun buen resultado si no privaba á sus soldados hasta de la posibilidad de salir del pais, y si no los reducía á la necesidad de tomar, á ejemplo suyo, la resolucion de vencer ó de morir. Con esta

Año de 1519. mira, se determinó á destruir su flota; pero como no se atrevia á ejecutar una determinacion tan aventurada por su sola autoridad, trabajó en convencer á sus soldados de la necesidad de esta medida. Toda su habilidad era necesaria para venir á cabo de un proyecto tan difícil: persuadió pues á unos que las naves estaban absolutamente incapaces de servir en lo sucesivo, por lo mucho que las habia hecho sufrir su larga permanencia en el mar: hizo ver á otros el aumento de fuerzas que traerian al ejército cien hombres mas empleados inútilmente en los barcos; y representó á todos la necesidad de fijar su atencion y sus esperanzas en el pais que tenian delante, y de alejar toda idea de retirada. Sus exhortaciones produjéron todo el efecto que esperaba; y de unánime consentimiento las naves fuéron sacadas á tierra y hechas pedazos, despues de haberlas quitado las velas, la jarcia, la clavazon, y todo lo que podia ser de alguna utilidad. Asi es como por un esfuerzo de valor, al cual la historia nada presenta de comparable, quinientos hombres consintieron de grado en encerrarse en un pais enemigo, poblado de naciones poderosas y desconocidas, quitandose todos los medios de evitar el peligro por la huida, y no reservandose otro recurso que su constancia y su valor (1).

Nada detuvo entónces á Cortés. El ardor de

(1) Relat. de Cortés. Ramus. III, 225. B. Diaz, cap. 57, 58. Herrera, decad. II, lib. V, cap. 14.

sus tropas y las disposiciones de sus aliados eran dos circunstancias igualmente favorables; pero todas las ventajas de esta última, aunque manejadas con destreza y cuidado, estuviéron á punto de escaparse por un arranque de este celo religioso que en muchas ocasiones impelió á Cortés á hechos inconsiderados, muy contrarios á la prudencia que distinguia su carácter. Aunque hasta entónces no habia tenido tiempo ni facilidad de probar á los Indios lo absurdo de sus supersticiones, y de hacerles conocer los principios de la fé cristiana, ordenó á sus soldados que arruinasen los altares, que destruyesen los ídolos del templo principal de Zempoala, y que en su lugar colocasen un crucifijo y una imágen de la Virgen María. Esta violencia inspiró á los Indios un espanto y horror indecibles: los sacerdotes les hicieron tomar las armas; pero la autoridad de Cortés era tan grande, y tan poderoso el ascendiente de los Españoles sobre estos pueblos, que este movimiento fué sosegado sin derramar sangre, y la concordia pronto y perfectamente restablecida (1).

Comenzó Cortés su marcha saliendo de Zempoala, el diez y seis de Agosto, con quinientos hombres, quince caballos, y seis piezas de campaña. El resto de sus tropas, compuesto principalmente de aquellos á quienes la edad ó los males hacian poco á propósito para un servicio penoso, quedó de guarnicion en Villa-Rica, á las

(1) B. Diaz, cap. 41, 42. Herrera, decad. II, lib. V, cap. 3, 4.

órdenes de Escalante, oficial de mérito, y muy adicto á Cortés. El cacique de Zempoala suministró las provisiones para el ejército, y dió doscientos Indios llamados *Tamenes*, para llevar las cargas, y para que se ocupasen en los trabajos serviles, los cuales fuéron muy útiles á los Españoles, quienes en un pais desprovisto de animales domésticos se habian visto precisados hasta entónces á llevar su bagage, y aun á arrastrar á brazo su artillería. El cacique ofreció ademas á Cortés un cuerpo numeroso de sus Indios; pero el general se contentó con tomar cuatrocientos de los mas distinguidos, á fin de que pudiesen servirle de rehenes que le respondiesen de la fidelidad de su soberano. Nada notable le sucedió en su camino hasta que llegó á las fronteras del pais de Tlascal. Los habitantes de esta provincia, pueblos belicosos, eran enemigos implacables de los Mejicanos, y habian sido antiguamente aliados de los Zempoales: aunque menos civilizados que aquellos, habian progresado en las artes mas que las otras naciones groseras de la América de que hemos hablado hasta ahora; habian adelantado mucho en la agricultura; habitaban en poblaciones grandes; tenian algun comercio; y si creemos á las relaciones imperfectas de los primeros historiadores españoles, se descubria en sus instituciones y leyes ciertos rasgos de justicia distributiva y de jurisprudencia criminal. Sin embargo, como en este estado de civilizacion incompleta la agricultura sola no bastaba á su subsistencia, y estaban

Año de
1519.

obligados á ayudarse con la caza, conservaban en parte las costumbres y el carácter de los pueblos cazadores: eran feroces y apasionados por la venganza, valientes, independientes y altivos: estaban en guerra continua, y casi no tenían comunicacion con sus vecinos: aborrecían la servidumbre de tal manera, que no solamente habian rechazado constantemente toda dominacion estrangera, y mantenido su libertad contra el poder del imperio de Méjico, sino que tambien se habian defendido contra la tiranía doméstica: asi es que no reconocian señor alguno, y vivian bajo la suave y limitada autoridad de un consejo elegido por sus varias tribus.

Cortés, aunque instruido del carácter guerrero de esta nacion, se lisonjeó con que su conocida intencion de libertar á los Indios de la tiranía de Moctezuma, el odio que los Tlascaltecas mismos profesaban á los Mejicanos, y el ejemplo de sus antiguos aliados los Zempoales, podrian inducirlos á recibirle bien. Para disponerlos mejor, cuatro Zempoales de los mas distinguidos entre los que le acompañaban, fuéron enviados á los Tlascaltecas para pedir á nombre de Cortés y de su cacique el paso por las tierras de Tlascala; pero en lugar de responder favorablemente á esta petición, los Tlascaltecas se apoderaron de los embajadores, y sin miramiento alguno por su carácter se dispusieron á sacrificarlos á sus dioses; reuniendo al mismo tiempo sus tropas para oponerse á la invasion de los estrangeros, si trataban de pasar por

Año de
1519.

fuerza. Los habitantes de Tlascala tenian muchos motivos para tomar esta resolucio[n]: un pueblo feroz, encerrado en su país y casi sin comunicacion exterior, está dispuesto á mirar á todo estrangero como enemigo, y corre fácilmente á las armas. El proyecto de Cortés de visitar á Moctezuma en su capital les hacia creer, á pesar de todas sus protestas, que solicitaba la amistad de un monarca objeto de su odio y de su temor: el celo imprudente que el general habia manifestado profanando los templos de Zempoala, habia llenado de horror á los Tlascaltecas; y como no eran menos supersticiosos que las demas naciones de la Nueva España, tenian la mayor impaciencia por vengar los insultos hechos á sus dioses, y por contraer un mérito con sus ídolos sacrificando estos hombres impíos que habian osado profanar sus altares. Despreciaban á los Españoles por su corto número, porque no habian aun medido sus fuerzas con las de estos estrangeros, y no tenian idea alguna de las ventajas que da la superioridad de las armas y de la disciplina.

Cortés, despues de haber esperado algunos dias la vuelta de sus enviados, avanzó en el territorio de Tlascala; pero como las resoluciones de este pueblo guerrero se ejecutaban tan pronto como se formaban, los Españoles se encontraron con un cuerpo de tropas destinado á detenerlos en su marcha. Los Indios atacaron con mucha intrepidez, y en la primera acción hirieron á muchos Españoles, y les mataron dos caballos,

Año de 1519. pérdida muy considerable, porque no podía repararse. Este acontecimiento hizo conocer á Cortés la necesidad de caminar con precaucion en medio de enemigos tan valientes, y dispuso que el ejército marchase en buen orden: se eligieron los puestos, se hizo alto oportunamente, y los campamentos se fortificaban en regla. Los Españoles sufrieron, durante catorce dias, ataques casi continuos, renovados bajo formas distintas y por cuerpos numerosos, con tal bravura y con una perseverancia de que no habian visto hasta entónces ejemplar alguno en el Nuevo Mundo. Sus historiadores describen pomposamente todas estas acciones, deteniendose en pormenores minuciosos, y mezclando con hechos admirables y efectivos circunstancias increíbles y exageradas (1); pero las espresiones mas estudiadas no harán interesante un combate en que el peligro no es igual por las dos partes. Las descripciones mas bien dispuestas de un plan de batalla ó de las vicisitudes de una accion de guerra no pueden escitar atencion ó interes, cuando se terminan siempre presentando miles de muertos de una parte, miéntras que de la otra no falta un solo hombre.

Sin embargo, de sus relaciones pueden estractarse ciertas circunstancias notables, que dan á conocer tanto el carácter de los habitantes de la Nueva España como el de sus vencedores. Aun-

(1) Vease la Nota 9.

Año de 1519. que los Tlascaltecas entrasen en campaña con ejércitos numerosos que parecia debian aniquilar á los Españoles, jamas pudieron romper el pequeño batallon de los Europeos. Este hecho no es inesplicable, á pesar de su singularidad: los Tlascaltecas, aunque continuamente en guerra, no conocian, como las demas naciones bárbaras, orden alguno ni disciplina militar: perdian las ventajas que podian proporcionarles su número y la impetuosidad de sus ataques, por el constante cuidado con que se ocupaban durante la accion de retirar los heridos y los muertos. Este punto de honor, fundado en una sensibilidad natural al hombre y fortificado por el deseo de ocultar los cuerpos de sus compatriotas á enemigos que los devoraban, era universal en los pueblos de la Nueva España; y este piadoso deber, en que se entretenian durante el calor del combate (1), los desunia, y disminuía la fuerza de la impresion que hubieran producido manteniendose bien cerrados.

No solamente no sacaban ventaja alguna de su número, sino que la imperfeccion de sus armas inutilizaba su valor. Despues de tres batallas y de varias escaramuzas, aun no habia muerto Español alguno: sus flechas y sus lanzas, armadas de piedras puntiagudas ó de espinas de pescados, sus picas y espadas de madera endurecida al fuego, eran armas bastante temibles para Indios desnudos, pero no podian penetrar las adargas

(1) B. Diaz, cap. 65.

Año de 1519. de los Españoles, ni sus coseletes acolchados, llamados *escaupiles*. Los Tlascaltecas se avanzaban impetuosamente al enemigo, y combatian ordinariamente en cuerpo: muchos Españoles fueron heridos, mas todos ligeramente; lo que no es necesario atribuir á falta de brio en los Indios, sino á la desigualdad de las armas de que usaban.

A pesar del furor con que los Tlascaltecas combatian á los Españoles, los trataban con cierta especie de generosidad. Les hacian saber á veces que iban á atacarlos; y como tenian noticias de que estos estrangeros carecian de víveres, y acaso imaginaban, como los demas Americanos, que estos Europeos habian abandonado su país porque no encontraban en él bastante subsistencia, enviaban á su campo mucho número de aves y cantidad de maiz, previniendoles que se alimentasen bien, porque desdeñaban pelear con enemigos debilitados por la hambre; que creirian faltar de respeto á sus divinidades ofreciendoles víctimas hambrientas, y que temian que los Españoles demasiado flacos no fuesen á propósito para sus banquetes (1).

Sin embargo, luego que en los muchos combates dados á los Españoles se apercibieron de que no era fácil ejecutar sus amenazas, y que á pesar de su valor, del cual tenian tan alta idea, no habian podido matar ó apresar ningun Espa-

(1) Herrera, *decad. II, lib. VI, cap. 6. Gomara, Crón. cap. 47.*

Año de 1519. ñol, comenzaron á creer que trataban con unos seres de naturaleza superior, contra los cuales nada podian las fuerzas humanas. En este apuro recurrieron á sus sacerdotes, á quienes precisaron á esplicar unos acontecimientos tan estrordinarios, y á manifestarles algun medio de rechazar estos terribles conquistadores. Los sacerdotes, hechos los sacrificios y ciertas ceremonias mágicas, respondieron que los estrangeros eran hijos del sol, y producidos por la eficaz energía de este astro en las regiones del este; que sostenidos durante el dia por el influjo de sus rayos paternales, eran invencibles; pero que privados por la noche de su calor vivificante, su fuerza declinaba, y que se marchitaban como las plantas en los campos, y se debilitaban hasta el grado de hacerse semejantes á los demas hombres (1).

Teorías menos plausibles han tenido crédito alguna vez en las naciones ilustradas, y han dirigido su conducta. En consecuencia de la respuesta de los sacerdotes, los Tlascaltecas, llenos de una ciega confianza en hombres que consideraban como inspirados del cielo, se desviaron de una de sus máximas mas constantes en la guerra, y se dispusieron á atacar á sus enemigos durante la noche, esperando destruirlos sorprendiendolos en el momento en que los creian debilitados; pero Cortés tenia mucha vigilancia y discernimiento para ser engañado por las groseras es-

(1) B. Diaz, *cap. 66.*

Año de
1519.

tratagemas de un ejército de Indios. Las centinelas avanzadas, observando cierto movimiento extraordinario entre los Tlascaltecas, diéron la señal de al arma: las tropas se preparáron á marchar en el momento, y saliendo de su campo, dispersáron los Indios haciendo en ellos una gran matanza, aun ántes que pudieran acercarse. Con vencidos por esta desgraciada esperiencia de que sus sacerdotes los habian engañado, y de que intentarían en vano sorprender ó vencer á sus enemigos, los Tlascaltecas se desalentáron, y comenzáron á desear seriamente la paz.

No obstante, inciertos acerca del modo con que debían tratar á estos estrangeros, no sabian que idea formarse de su carácter, ni si debian mirarlos como seres buenos ó maléficós. La conducta que los Españoles habian tenido en varias circunstancias podia dar lugar á que se tuviese de ellos estas opiniones opuestas; pues, por una parte, habian puesto en libertad los prisioneros que habian hecho, regalandoles alguna bagatela de Europa, renovando siempre las proposiciones de paz despues de obtener una victoria; y esta dulzura admiraba á unos pueblos acostumbrados al modo cruel de hacer la guerra establecido entre los Americanos, que sacrificaban ó devoraban sin piedad todos sus prisioneros, y podia haber dado á los Indios una idea bastante favorable de la humanidad de sus vencedores. Por otra, habiendo sospechado Cortés que los Tlascaltecas que traían víveres á su campo eran espías, se apoderó de

Año de
1519.

cinuenta, y les hizo cortar las manos (1). La impresion que el espectáculo de estos infelices causó en los Indios, reunida al terror producido por las armas de fuego y por los caballos, les hacia mirar á los Españoles como seres feroces (2), y su incertidumbre se notó en la arenga que sus diputados dirigiéron á Cortés. « Si sois, » dijéron, divinidades de naturaleza cruel y salvage, os ofrecemos cinco esclavos para que bebais su sangre y comais sus carnes. Si sois divinidades mas benignas, aceptad estos presentes » de perfumes y de plumas; y si sois hombres, aquí » teneis carne, pan y frutas para que os alimenteis (3). » La paz que deseaban los dos partidos fué concertada desde luego. Los Tlascaltecas se sometióron á la corona de Castilla, y se obligáron á ayudar á Cortés en todas sus empresas: este tomó la República bajo su proteccion, y prometió defender sus personas y sus bienes. Este tratado fué concluido muy á propósito para los Españoles. Las fatigas del servicio eran escesivas para un pequeño cuerpo de tropas cercado de una multitud de enemigos; la mitad de los soldados estaba sobre las armas por la noche, y aun los que reposaban dormían completamente armados, á fin de estar prontos para correr á sus respectivos puestos á la primera llamada. Mu-

(1) Cortés, *Relat.* Ramus. III, 228. Gomara, *Crón.* c. 48.

(2) Vease la Nota 10.

(3) B. Diaz, *cap.* 70. Gomara, *Crón. cap.* 47. Herrera, *deccad.* II, lib. VI, *cap.* 7.

Año de 1519. chos estaban heridos, y otros, en cuyo número entraba el mismo Cortés, estaban atacados de una enfermedad propia del clima, que había hecho perecer un gran número despues de su salida de Veracruz. A pesar de las provisiones que recibían de los Tlascaltecas, carecían frecuentemente de víveres, y tenían tal necesidad aun de las cosas mas precisas para un servicio tan peligroso, que estaban reducidos á curar sus heridas con un unguento de que hacia parte el unto de los Indios muertos (1). Abrumados con tantas fatigas y sufrimientos, los Españoles comenzaban á murmurar, y casi se entregaban á la desesperacion cuando reflexionaban acerca de la multitud y valor de sus enemigos. Cortés tenía necesidad de toda su maña y autoridad para impedir los progresos del desaliento, y para reanimar en sus compañeros la idea de su superioridad sobre los enemigos que debían combatir (2). Mas la sumision de los Tlascaltecas y la entrada triunfante de los Españoles en la capital de la República, en donde fuéron recibidos como seres superiores al hombre, borraron de su memoria el recuerdo de sus pasadas penas, disiparon sus inquietudes por lo futuro, y les persuadiéron de que no había fuerzas en América que pudiesen resistir en lo sucesivo á sus armas (3).

(1) B. Diaz, *cap.* 62, 65. Gomara, *Crón.* *cap.* 51.

(2) Cortés, *Relat.* Ramus. III, 229. B. Diaz, *cap.* 69. Gomara, *Crón.* *cap.* 51.

(3) Cortés, *Relat.* Ramus. III, 230. B. Diaz, *cap.* 72.

Año de 1519. Cortés permaneció veinte dias en Tlascala, para dar algun descanso á sus tropas, durante cuyo tiempo se ocupó tambien de negocios interesantes al buen resultado de sus proyectos. Por las continuas conversaciones que tuvo con los gefes de los Tlascaltecas, se instruyó del estado del imperio de Méjico, del carácter del soberano, y de todos los pormenores que podían servir para arreglar su conducta, y determinarle á obrar como amigo ó como enemigo. Habiendo reconocido ademas que la antipatía de sus nuevos aliados contra los Mejicanos era tan grande como se le había dicho, y que de ella podría sacar muchas ventajas, empleó toda su habilidad en ganar su confianza, y lo consiguió fácilmente; porque los Tlascaltecas, con la ligereza de espíritu natural á hombres poco civilizados, estaban dispuestos por sí mismos á pasar en poco tiempo del esceso del odio al mas tierno afecto. Todo lo que veían en los Españoles escitaba su admiracion y su asombro (1); y persuadidos de que estos estrangeros tenían un origen celeste, se apresuraron no solamente á satisfacer todas sus peticiones, sino tambien á prevenir sus deseos. Ofrecieron pues á Cortés acompañarle á Méjico con todas las fuerzas de la República, á las órdenes de sus capitanes mas esperimentados; pero Cortés, despues de haber trabajado tanto en establecer esta union entre los Indios y él, estuvo á punto

(1) Vease la Nota 11.

Año de
1519.

de perder todas las ventajas por un nuevo arranque del indiscreto celo de que estaba animado. Todos los aventureros españoles de aquel siglo se creían como destinados por el mismo Dios á propagar la fé cristiana; y cuanto menos capaces eran de cumplir este destino por su ignorancia y por el desarreglo de sus costumbres, tanto mas ardor ponían en llenar su pretendida mision. Confiado Cortés en la profunda veneracion que los Tlascaltecas profesaban á los Españoles, trató de explicar á algunos de ellos los principales misterios de la doctrina cristiana, proponiendoles con instancia abandonar sus supersticiones, y abrazar la religion de sus nuevos amigos. Los Indios, siguiendo una idea generalmente establecida en las naciones bárbaras, conviniéron acerca de la verdad y escelenia de la doctrina que les enseñaba; pero sostuviéron que los *Teules* de Tlascala eran divinidades no menos dignas de sus homenages que el Dios de Cortés, y que asi como este tenia derecho á las adoraciones de los Españoles, los Tlascaltecas estaban obligados á conservar el culto de los dioses que habian venerado sus mayores. Cortés insistió imperiosamente mezclando las amenazas con los argumentos; mas los Tlascaltecas, fatigados y descontentos, le suplicáron que no hablase mas en el asunto. Sorprendido é indignado Cortés de su obstinacion, se preparó á ejecutar por la fuerza lo que no habia podido obtener por la persuasion; y hubiera destruido sus altares, y

Año de
1519.

echado á tierra sus ídolos con la misma violencia que en Zempoala, si el padre fray Bartolomé de Olmedo, capellan del ejército, no hubiese detenido la impetuosidad de su celo. Este religioso le hizo ver la imprudencia de tal procedimiento en una poblacion grande habitada por una nacion tan supersticiosa como guerrera, con quien los Españoles acababan de formar alianza: le declaró que siempre habia tenido por injusto lo hecho en Zempoala; que la religion no debia ser predicada espada en mano, ni los fieles convertidos con violencia; que las armas útiles para esta conquista eran la instruccion que ilumina el alma, y los buenos ejemplos que cautivan los corazones; y que por solo estos medios podia inducirse á los hombres á renunciar sus errores y á abrazar la verdad (1). Entre las escenas de horror que ofrece la historia de este siglo, en las que el absurdo fanatismo se presenta tan frecuentemente auxiliando la opresion y la crueldad, se siente un placer dulce é inesperado á vista de sentimientos tan humanos. En el siglo décimo sexto, en un tiempo en que los derechos de la conciencia estaban tan mal conocidos en el mundo cristiano, y en que aun el nombre de tolerancia era ignorado, sorprende encontrar un eclesiástico español en el número de los primeros defensores de la libertad religiosa y de los reprobadores de la persecucion. Las amonestaciones de este eclesiástico tan virtuoso

(1) B. Diaz, cap. 77, p. 54; cap. 83, p. 61.

Año de 1519. como prudente hicieron impresion en el ánimo de Cortés: en cuya virtud dejó á los Tlascaltecas continuar en el libre ejercicio de su religion, exigiendoles solamente que renunciassen á los sacrificios de víctimas humanas.

Luego que las tropas estuyéron en estado de proseguir el servicio, Cortés resolvió marchar á Méjico, á pesar de las eficaces representaciones de los Tlascaltecas, que le aseguraban que su pérdida era inevitable si entraba en poder de un príncipe tan cruel y tan infiel á su palabra como Moctezuma. Habiendosele agregado un cuerpo de seis mil Indios de Tlascalca, se hallaba á la cabeza de una especie de ejército regular: avanzó pues al principio hasta Cholula, porque el Emperador habia finalmente consentido en admitir los Españoles á su presencia, y habia mandado decir á Cortés que seria recibido como amigo por aquellos naturales. Cholula era una ciudad grande que, aunque distante cinco leguas solamente de Tlascalca, habia sido capital de un estado independiente, y hacia poco tiempo que estaba sometida al imperio de Méjico: era mirada por todos los habitantes de la llamada despues Nueva España, como ciudad santa, como el santuario y residencia querida de sus dioses; se venia á ella en peregrinacion de todas las provincias, y se sacrificaban mas víctimas humanas en su templo que en el de Méjico (1).

(1) Torquemada, *Monarqu. ind.* I, 281, 282; II, 291. Gomara, *Crón. cap.* 61. Herrera, *deca.* II, lib. VII, cap. 2.

Año de 1519. Puede creerse que Moctezuma invitó á los Españoles á pasar allá, ó esperando supersticiosamente que sus dioses no sufririan la profanacion de sus templos sin descargar su cólera sobre estos impíos que venian á insultarlos en su santuario mas respetado; ó persuadido de que podria exterminarlos mas fácilmente por sí, atacandolos á la vista y bajo la inmediata proteccion de sus divinidades.

Cortés, ántes de emprender su marcha, fué advertido por los Tlascaltecas de la poca confianza que debia tener en los naturales de Cholula; y él mismo, aunque recibido en la ciudad con muchas demostraciones de respeto y cordialidad, habia observado varias circunstancias que le daban que sospechar. Los Tlascaltecas estaban acampados á cierta distancia de la poblacion, porque los Cholultecas habian rehusado admitir dentro de sus muros á sus antiguos enemigos: dos de ellos encontraron sin embargo un medio para entrar disfrazados, é instruyéron á Cortés de que habian notado que se hacia salir todas las noches un gran número de mugeres é hijos de los principales ciudadanos, y que seis niños habian sido sacrificados en el templo principal, práctica ordinaria en estos pueblos cuando se preparaban para alguna expedicion militar. Doña Marina supo al mismo tiempo de una India de distincion, cuya confianza habia ganado, que se tramaba la pérdida de los Españoles; que un cuerpo de tropas mejicanas estaba oculto cerca de la ciudad; que se

Año de
1519.

barreaban las calles; que se cavaban fosos y hoyos cubriendolos ligeramente para que los caballos cayesen en ellos; que en lo mas alto de los templos se amontonaban piedras y armas arrojadas; que la hora fatal para los Españoles estaba cerca, y que su destruccion era inevitable. Cortés, sobresaltado con el concurso de tantos testimonios, hizo arrestar secretamente tres de los principales sacerdotes, quienes le hicieron una confesion que confirmó los informes que habia recibido. Era necesario no perder un momento, y se resolvió á prevenir el golpe, y á tomar en sus enemigos una venganza tan terrible, que amedrentase para siempre á Moctezuma y á sus vasallos. Para ejecutar su proyecto, reunió los Españoles y Zempoales en un patio ó plaza ácia el medio de la poblacion, punto en que estaban sus cuarteles: los Tlascaltecas tuviéron orden de avanzar: con varios pretestos, mandó llamar á los magistrados y á muchos principales ciudadanos; y á una señal concertada se pusieron las tropas en movimiento y cayéron sobre la multitud que, viendose sin gefes y sorprendida con un ataque tan impensado, dejó caer las armas de las manos quedando sin defensa ni direccion. Mientras los Españoles los cerraban de frente, los Tlascaltecas los atacaban por la espalda: las calles quedáron llenas de sangre y de cadáveres; se puso fuego á los templos á donde se habian retirado los sacerdotes y algunos gefes, que perecieron bajo las ruinas y en las llamas; y esta escena de mortandad duró

Año de
1519.

dos dias, en los cuales los infelices habitantes de Cholula sufrieron todos los males que pudieron inventar la rabia de los Españoles y la venganza implacable de los Indios, aliados de estos extranjeros. Cesó por fin el estrago despues de la muerte de seis mil Cholutecas, sin pérdida de un solo Español, y Cortés dió entónces libertad á los magistrados, vituperandoles la traicion que habian preparado, y declarandoles que, como su justicia estaba satisfecha, les perdonaba la ofensa á condicion de que llamasen á los ciudadanos que habian huido, y de que restableciesen el orden en la ciudad. Era tal el ascendiente que los Españoles tenian sobre los Indios, y tal la persuasion de que estos extranjeros eran mas poderosos y mas ilustrados que ellos, que por obedecer á las órdenes de Cortés la ciudad se llenó en pocos dias de habitantes, quienes en medio de las ruinas de sus templos prestaron los servicios mas viles á estos mismos hombres cuyas manos estaban aun teñidas de la sangre de sus hermanos y conciudadanos (1).

De Cholula se avanzó Cortés directamente á Méjico, de donde solo dista veinte leguas. Por donde quiera que los Españoles pasaban, eran recibidos como poderosos libertadores que venian á destruir la opresion de los pueblos, y como seres

(1) Cortés, *Relat. Ramus.* III, 231. B. Diaz, *cap.* 83. Gomara, *Crón. cap.* 64. Herrera, *decad.* II, *lib.* VII, *cap.* 1, 2. Vease la Nota 12.

Año de
1519.

de naturaleza superior á la humana; y los caciques mismos y demas gefes de los Indios hicieron conocer á Cortés los motivos que tenian para detestar la tiranía de Moctezuma. Cuando Cortés advirtió por la primera vez que habia descontentos en las provincias lejanas, concibió alguna esperanza; mas luego que notó que el soberano era aborrecido de sus vasallos hasta en el corazon de sus estados, se creyó seguro de trastornar un imperio cuya constitucion, atacada en sus mismos principios, estaba ademas debilitada por la division de sus fuerzas. Mientras que estas reflexiones sostenian el valor del general en una empresa tan aventurada, los soldados, para ser animados, solo tenian necesidad de los objetos que se presentaban á su vista, pues á medida que bajaban de las montañas de Chalco, sus ojos descubrian por grados la vasta llanura de Méjico. Esta campiña, una de las mas hermosas del mundo, estos campos fértiles y cultivados que se estendian quanto alcanza la vista, su lago que parecia un mar por su estension, y que estaba rodeado de grandes ciudades, y finalmente la capital, que se levantaba sobre una isla en medio del mismo lago, adornada de templos y de torres: todo este espectáculo llamó de tal modo su atencion, que algunos creyeron ver realizadas las descripciones de la fábula, pues estas torres doradas y los palacios les parecieron otros tantos encantos; y otros, creyendo soñar, tomaban por fantasmas del sueño todo quanto se ofrecia á su

Año de
1519.

ojos (1). Sus dudas se disipaban á proporcion que avanzaban; pero su admiracion se aumentaba, pues se persuadiéron entónces de que el país era mas rico de lo que habian imaginado, y se lisonjeaban con que al fin iban á recoger el fruto de sus trabajos.

Aunque muchas circunstancias concurrían á hacerles suponer que se trataba de sorprenderlos, ningun enemigo se habia opuesto hasta entónces á su marcha: recibian mensageros de parte de Moctezuma, permitiendoles unas veces avanzar é instandoles otras á retirarse, segun que prevalecian alternativamente sus esperanzas ó su miedo; y la turbacion de este era tal, que solamente podrá concebirse mirandola como efecto de la supersticion que le hacia temer á los Españoles como á seres de una naturaleza superior á la humana. Finalmente Cortés estaba á las puertas de la capital ántes que el monarca se hubiese decidido á recibir estos estrangeros como amigos ó como enemigos; pero no habiendo experimentado ningun mal tratamiento de los Mejicanos, Cortés, sin detenerse en la incertidumbre de Moctezuma, y aun fingiendo ignorar sus intenciones, continuó su marcha por la calzada que conduce á Méjico atravesando el lago, caminando con la mayor circunspeccion, y haciendo que su ejército observase la mas exacta disciplina.

Luego que estuvo cerca de la ciudad, unos mil

(1) Vease la Nota 13.

Año de
1519.

Indios que parecían de clase distinguida, adornados de plumas y vestidos de hermosas telas de algodón, salieron á su encuentro, y desfilaron delante de él saludándole con el mayor respeto á la manera del país, anunciándole la próxima venida del mismo Moctezuma, cuyos volantes no tardaron en llegar. Estos eran en número de doscientos, vestidos con uniformidad; marchaban de dos en dos con el mayor silencio, descalzos, y con los ojos fijos en tierra: seguiales una tropa mas lucida y vestida con mayor lujo, en medio de la cual venia Moctezuma en una especie de sitial ó litera, resplandeciente por el oro de su aderezo, y adornada de plumas de varios colores. Cuatro de sus principales favoritos le traian en hombros, y otros sostenian sobre su cabeza un pabellon de curiosa labor: precedian al Emperador tres oficiales con varas de oro en la mano, que levantaban de tiempo en tiempo, y á esta señal los Indios bajaban la cabeza y ocultaban su rostro, como indignos de mirar á un tan poderoso monarca. Luego que estuvo cerca de los Españoles, Cortés se apeó de su caballo, y se adelantó ácia Moctezuma con diligencia y con aire respetuoso: este bajó al mismo tiempo de su litera, y apoyandose en los brazos de dos de sus parientes se acercó con paso lento y magestuoso, mientras que sus gentes tendian por el suelo telas de algodón para que sus piés no tocasen la tierra. Cortés le saludó haciendo una profunda reverencia al modo de Europa, y el monarca le volvió el saludo segun

Año de
1519.

la costumbre de su país, tocando la tierra con la mano y besandola en seguida. Esta ceremonia, que era en Méjico la espresion ordinaria del respeto de los inferiores ácia sus superiores, pareció á los Mejicanos una condescendencia tan extraordinaria de parte de un monarca orgulloso que apenas se dignaba creer que sus vasallos fuesen de su misma especie, que se persuadieron de que estos extranjeros ante quienes se humillaba así su soberano, eran seres de una naturaleza sobrehumana; y los Españoles, caminando en medio de la multitud del pueblo, tuvieron el placer de oirse llamar *Teules*, esto es divinidades. Nada notable pasó en esta primera entrevista: Moctezuma acompañó á Cortés y á sus soldados á los cuarteles que se les habian preparado, y se despidió de ellos con la urbanidad propia de un cortesano europeo. Estais actualmente, les dijo, entre vuestros hermanos y en vuestra casa; reposad de las fatigas, y sed felices mientras vuelvo á visitaros (1). El palacio destinado para cuartel de los Españoles era un edificio mandado construir por el padre de Moctezuma; estaba rodeado de una muralla de piedra con torres de distancia en distancia, que servian de adorno al mismo tiempo que de defensa; y las habitaciones y los patios eran bastante grandes para poder alojar á los Españoles y á los Indios sus aliados. El primer cui-

(1) Cortés, *Relat. Ramus.* III, 232, 235. B. Díaz, *cap.* 83, 88. Gomara, *Crón. cap.* 64, 65. Herrera, *decad.* II, *lib.* VII, *cap.* 3, 4, 5.

Año de
1519.

dado de Cortés fué proveer á su seguridad en este nuevo punto, colocando la artillería al frente de varias calles, mandando que una fuerte division de sus tropas estuviese siempre sobre las armas, apóstando centinelas, y en una palabra haciendo observar una disciplina tan exacta y tan vigilante como si se hubiese estado á la vista de un ejército enemigo.

Moctezuma volvió por la tarde á visitar á sus huéspedes con la misma pompa que en su primera entrevista, y presentó no solamente al general, sino tambien á los soldados, regalos cuya magnificencia daba testimonio de la liberalidad del soberano, y de la opulencia de su reino. Tuvo una larga conversacion con Cortés, en la que le manifestó la opinion que habia formado de los Españoles: le dijo que, segun una antigua tradicion conservada entre los Mejicanos, sus antepasados habian venido originariamente de un país muy distante, y habian conquistado el imperio de Méjico; que despues de formar en él un establecimiento, el célebre caudillo que condujo esta colonia se retiró á su país, prometiendo que en tiempos venideros sus descendientes volverian á visitarlos, á tomar las riendas del gobierno, y á reformar su constitucion y sus leyes; que por las noticias que tenia, y por lo que habia visto en los Españoles, estaba convencido de que ellos eran los descendientes de los primeros conquistadores, cuya venida les habia sido anunciada por sus tradiciones y profecias; que, persuadido de esto, los habia

Año de
1519.

recibido, no como á estrangeros, sino como á parientes originarios de un mismo tronco; que les rogaba se considerasen como señores de sus estados, y que él mismo y sus vasallos estarian siempre prontos á ejecutar su voluntad, y aun á prevenir sus deseos. Cortés respondió con el tono del respeto mas profundo por la dignidad y poder de su soberano el Rey de España, y habló de las miras que este príncipe se habia propuesto al enviarle, esforzandose cuanto pudo en conciliar su discurso con la idea que Moctezuma tenia de los Españoles. Al dia siguiente por la mañana, Cortés y sus principales oficiales fuéron admitidos á una audiencia pública del Emperador; y los tres dias siguientes se empleáron en recorrer la ciudad que los Españoles no pudiéron menos de ver con admiracion, y que les pareció superior á cuanto habian conocido en América, tanto por el número de sus habitantes como por la hermosura de sus edificios, y por varias particularidades que la hacian absolutamente distinta de todas las ciudades de Europa.

Méjico, llamada antiguamente por los Indios *Tenochtitlan*, está situada en una gran llanura rodeada de montañas bastante altas para que su clima sea suave y sano, aunque pertenece á la zona tórrida. Todas las aguas que bajan de las alturas se reunen en varios lagos que se comunican unos con otros, el mayor de los cuales tiene como nueve millas de circunferencia. El agua de uno de ellos es dulce, y la de los otros salobre.

*

Año de
1519.

La ciudad estaba edificada sobre las orillas de uno de estos y sobre varias islas vecinas. Se llegaba á ella por varias calzadas de piedra y tierra, de cerca de treinta piés de anchura; y como las aguas de los lagos inundaban la llanura en la estacion de lluvias, las calzadas se estendian muy á lo lejos: asi es que la de Tacuba al oeste tenia de largo milla y media; la de Tepeaca al noroeste, tres millas; y seis, la de Cuyoacan al sur. Por la parte del este no habia calzada, y solo en canóas podia entrarse en la ciudad (1); habia tambien en cada una de aquellas, á ciertas distancias, aberturas que servian para comunicar las aguas de una á otra parte, y sobre las aberturas tabloncillos cubiertos con tierra en lugar de puentes. La construccion de la ciudad no era menos notable que singulares sus avenidas, pues no solamente los templos, sino tambien los edificios pertenecientes al Emperador y á las personas de distincion, podian llamarse magníficos comparativamente á los que hasta entónces se habian encontrado en los demas puntos de la América. Las habitaciones del comun eran sucias, y parecidas á las chozas de los otros Indios; pero estaban colocadas con regularidad en las orillas de las acequias que pasaban por ciertos barrios de la ciudad, ó á lo largo de las calles que la dividian: habia tambien grandes plazas, entre las cuales se dice que la del mercado podia contener cua-

(1) F. Toribio. M. S.

Año de
1519.

renta ó cincuenta mil personas. Aquellos de entre los Españoles que han sido mas moderados en sus cálculos dan á Méjico por lo menos sesenta mil habitantes: la industria humana, privada del uso del fierro y del auxilio de todo animal doméstico, jamas ha levantado un monumento tan grandioso (1).

La novedad de estos objetos podia divertir y admirar á los Españoles; sin embargo no estaban por lo mismo menos inquietos acerca del riesgo de su situacion. Un concurso de circunstancias inesperadas y favorables les habia proporcionado la entrada hasta el centro de un grande imperio, y se habian establecido en la capital sin oposicion alguna manifiesta de parte del monarca: los Tlascaltecas les habian constantemente disuadido de entrar en una ciudad como Méjico, cuya particular situacion los pondria á disposicion de Motezuma, en quien no podia tenerse confianza alguna, y de donde seria imposible escapar. Habian informado tambien á Cortés de que si el Emperador se habia determinado á recibirle en su capital, era por consejo de los sacerdotes, quienes le habian indicado, en nombre de sus dioses, este medio como el único á propósito para destruir de un solo golpe y sin riesgo todos los Españoles (2). El general conocia entónces claramente que los

(1) Cortés, *Relat. Ramus. III*, 239. D. *Relat. della gran. città de Méjico, da un gentilhuomo del Cortese*, Ramus. *ibid.* 304. E. Herrera, *decad. II, lib. VII, cap. 14, etc.*

(2) B. Diaz, *cap. 85, 86.*

Año de
1519.

temores de estos aliados no carecian de fundamento; que cortando los puentes colocados en las aberturas de las calzadas, su retirada llegaria á ser impracticable, y que se veria precisado á permanecer encerrado en medio de una ciudad enemiga, cercado de una multitud capaz de oprimirle ántes que pudiese recibir socorro alguno de sus aliados. Es verdad que Moctezuma le habia recibido con grandes muestras de respeto; pero ¿quien le aseguraba de su sinceridad? Aun en el caso de que fuesen de buena fé, ¿quien podia responderle de su duracion? Su seguridad dependia de la voluntad de un príncipe en cuyo afecto no tenia razon alguna para fiarse; y una orden dada por capricho, ó una sola palabra pronunciada en un momento de cólera, podia decidir irrevocablemente su pérdida (1).

Estas reflexiones, que estaban al alcance del último de los soldados, no se ocultaban al general. Antes de salir de Cholula, le noticiaron los Españoles de Villa-rica (2), que Qualpopoca, uno de los generales mejicanos que mandaba en la frontera, habia reunido un ejército con el objeto de atacar algunas de las provincias que habian sacudido el yugo inducidas por los Castellanos, y que Escalante habia marchado al socorro de los aliados con parte de la guarnicion; que en un combate en que los Españoles habian salido vic-

(1) B. Diaz, *cap.* 94.(2) Cortés, *Relat.* Ramus. III, 235. C.Año de
1519.

toriosos, su comandante habia sido mortalmente herido, y que habian perecido siete soldados, quedando uno prisionero; que la cabeza de este desgraciado fué llevada en triunfo por varias poblaciones, para hacer ver á los Indios que sus enemigos no eran inmortales, y que últimamente se habia remitido á Méjico (1). Cortés, aunque asustado con esta noticia que le daba á conocer las intenciones de Moctezuma, continuó su marcha; pero tan pronto como llegó á la capital, advirtió la falta en que le habian hecho incurrir el exceso de confianza en el valor y disciplina de sus tropas, y el defecto de guía en un pais desconocido, en donde solo podia comunicar sus ideas de un modo muy imperfecto; y conoció que se habia comprometido en una situacion en que tan peligroso era permanecer como difícil salir, pues el intentar una retirada era esponerse á perderlo todo. El resultado de su empresa dependia de la opinion que los pueblos de la Nueva España habian formado de la fuerza invencible de los Castellanos: á la primera señal de temor que estos dejasen entrever, Moctezuma, á quien únicamente contenia el miedo, armaria contra ellos todo su imperio. Cortés estaba persuadido al mismo tiempo de que solamente una serie no interrumpida de victorias y de sucesos felices y extraordinarios podrian ganarle la estimacion de su soberano, y cubrir las faltas y la irregularidad

(1) B. Diaz, *cap.* 93, 94. Herrera, *dec.* II, *lib.* VIII, *cap.* 1.